

Entrevista a RAMON ALEJANDRO

Programa: La Noche Se Mueve.

Director Edmundo García.

Fecha: jueves 5 de junio, 2008.

EG: Edmundo García

RA: Ramón Alejandro

El programa La noche se mueve se puede escuchar en internet, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.lanochesemueve.us/>

Para comunicarse con La Noche se mueve, escribanos a: contacto@lanochesemueve.com/

EG: Amigos, muy buenas noches, les saluda Edmundo García. Esta es *La noche Se Mueve*. Hoy tengo un programa muy peculiar. Primero, porque se trata de alguien que yo respeto y admiro, como intelectual, como creador y hombre de su tiempo. Segundo, porque es mi amigo. Y tercero, porque esta oportunidad que se da hoy hacía mucho tiempo que yo la esperaba. El público que lleva más tiempo escuchando este programa, desde que estaba en la otra emisora, recuerda que el invitado de hoy fue uno de los que más reacciones provocó y que los oyentes más disfrutaban. Se marchó. Regresó a lo que, sin ser su lugar de nacimiento, es de alguna manera su lugar de origen: la ciudad de París. Importantísimo pintor, importantísimo intelectual. Un hombre que ha demostrado una tremenda garra como escritor, novelista y ensayista. Un ser raro para estos tiempos, porque mezcla dentro de sí, como si fuera una licorera, el pensamiento antiguo y aquellos de las diversas vanguardias de diferentes eras: la postmodernidad y la trasgresión. Pero, por sobre todo, es un creador. Un humanista y es un hombre lleno de laberintos. Esta va a ser una entrevista para un libro futuro. Cuando se publique lo que ha sucedido en este programa y cómo trabajamos en eso, esta persona no podrá faltar. Bienvenido Ramón Alejandro.

RA: Después de eso, me has dejado completamente inhibido. No puedo siquiera darte las gracias.

EG: Pero tú sabes que todo lo que dije es verdad, que lo siento en lo más profundo de mi corazón.

RA: Me encantaría que lo fuera. Está por probar.

EG: Quiero Ramón, hacer esta entrevista de cara a un lector del futuro. También de frente a los oyentes que te recuerdan, cuando hace unos 5 años participabas en este programa. Esos, que te recuerdan, revivirán memorias e historias. Vamos a comenzar. Ya eres un hombre de 65 años de edad. Esa es la edad en la que muchas personas deciden jubilarse, atender a los nietos, cultivar las flores de su jardín y hacer recorridos en los cruceros de vacaciones. Eso es, si se tiene algún dinerito. Pero yo sé que tú lo tienes.

RA: Prefiero gastármelo en otra cosa.

EG: ¿Cómo qué?

RA: Publicar libros. No me trates de involucrar en tus marañas.

EG: ¿En qué estás pensando?

RA: Estoy pensando en la publicación de libros, que es lo que tengo en mente.

EG: Esta edad a la que tú has llegado, que es casi la edad de una persona honorable, ¿no te convoca al descanso y la contemplación?

RA: No, qué va.

EG: ¿Tú estás en la edad contemplativa de la vida?

RA: No, yo cada vez estoy más disparado. Estoy por la acción inmediata.

EG: ¿A tu edad, Ramón?

RA: Sí, tengo como 6 proyectos en curso.

EG: Ramón Alejandro, tú eres un hombre que nace en Cuba, en la ciudad de La Habana y el reparto la Víbora. Podríamos decir que de una familia de clase media alta.

RA: Media, media.

EG: Y abandonas el país. Entre los primeros jóvenes intelectuales y artistas con vocación, que se van del país, estás tú.

RA: Era un muchachito de la Víbora, que quería ser pintor. Porque su abuelo lo había sido, su tío lo había sido y su bisabuelo también. Pero que no tenía mucha idea. Que no pudo ir a San Alejandro por los prejuicios de mi padre.

EG: ¿Cuáles eran los prejuicios de tu padre?

RA: Los mismos de siempre, sobre la escuela de Bellas Artes. Primero, desde el punto de vista más importante, que era el argumento materialista, porque la pintura no daba para ganarse la vida en aquella época. En segundo lugar estaba el aspecto que podríamos llamar moral, donde se consideraba que las artes estaban vinculadas con una especie de conducta desviada, respecto a la función supuestamente natural del amor.

EG: ¿A la sexualidad?

RA: Claro. Ser artista era una desviación moral, insoportable para cierta pequeña burguesía.

EG: Y al final del juego, eres un artista.

RA: Es como aquel muchacho, que se quedó sin saber tocar piano, pero se volvió maricón de todas formas. (Risas) En mi caso, yo logré ser pintor, casi por prodigio. Y lo otro viene sólo. No hay que hacer ningún esfuerzo ni ir a la escuela. (Risas)

EG: Ramón Alejandro, ¿cómo fue esa etapa? ¿En qué año te vas de Cuba?

RA: En 1960.

EG: Prácticamente unos meses después del triunfo de la revolución.

RA: Digamos unos meses antes de Bahía de Cochinos.

EG: ¿Por qué tú, un joven que de cierta manera tenía una vocación humanista y social, abandona un proyecto incipiente como la revolución cubana? En aquel entonces ya existían detractores, en su mayoría los batistianos, pero el pueblo apoyaba la revolución. Sin embargo, tú te vas precisamente en ese momento. ¿Por qué lo haces?

RA: Primero que todo, estaba esa relación difícil con mi padre. Yo empecé a fugarme de mi casa a los 15 años.

EG: Vamos a puntualizar. Entonces, tu salida del país no es política, sino personal.

RA: Fue personal. Yo me fui de Cuba, digamos siendo revolucionario. Siempre fui muy nacionalista y apegado mucho a la independencia nacional. Claro, tenía que estar con la revolución. Lo que pasa que luego a la larga. Bueno, si me meto a contar todo eso no vamos a terminar nunca. Me di cuenta que había una incoherencia. La incoherencia vino por este hecho. Yo fui alumno de la Dra. García Tuduri, en el Instituto de la Víbora. Ella empezó a darnos Lógica y Filosofía. Yo quería estudiar Agronomía, para ayudar a la

Reforma Agraria e irme a la alfabetización de los guajiros, etc., y eso era la parte ética. Pero luego estaba la parte estética. Y dentro de la estética estaba englobada la pintura de mi familia materna y lo que empezaba a conocer de la cultura habanera. Porque como me fugaba de mi casa, caía en medios más cultivados que el mío, y ahí empezaban a llevarme al teatro, a conciertos, a leer. Vi que había unos horizontes enormes y que en los museos estaba la pintura que a mí me gustaba. Mi abuelo hacía copias de Velásquez, Tiziano y Tintorero. Estas copias estaban en su casa. Pero yo me moría por ir a El Prado, ir a los Uffizi, ir a El Louvre. Esa era la estética. En cierto momento, hice crisis. Era miliciano, fui a Oriente, al segundo aniversario de la revolución, un 26 de julio, cuando creo que Fidel declaró la ley de Reforma Agraria, una de esas grandes reformas que llevó a cabo Cuba. Vi el estado real del país. Yo no salía de La Habana, ni siquiera de la Víbora, y de repente conocí el estado en que se encontraba el campesinado. Vi a la gente sin dientes, en harapos. Un día apareció una muchacha muerta en el lecho de un río. De repente me sobrecogió lo que era la Cuba profunda. Y me dije: Si yo me quedo en este país, esto es muy violento para mí. Yo lo que quiero es ir a ver El Prado, El Louvre, los Uffizi. ¿Entiendes? Una noche de estas de farra, que me había quedado hasta las 3 de la mañana bebiendo, en un lugar que se llamaba Saint Michelle. En aquella época cantaban: “Triana, ay Triana morena, que buena, que buena”. Y todas las locas daban una palmada y decían: ¡Síiii! Luego salí caminando para L y 23, a coger un transporte para ir hasta la Víbora, y subiendo la loma de La Rampa me preguntaba si iba a vivir adoptando la ética o la estética. En cierto momento, de adentro de mí salió un grito diciendo: ¡Estética! Yo escogí el egoísmo. El irme a gozar de Europa y olvidarme de que había nacido en un país que tenía esos problemas, que estaba en esa convulsión, que en realidad me aterraba. Porque yo no tenía ninguna formación política. Me había leído *El Manual de Materialismo Histórico*, del Dr. Konstantinov, de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Me acuerdo que me había convencido absolutamente. Todavía me sigue pareciendo que el análisis que Marx hace de la sociedad es absolutamente correcto. Las conclusiones que sacaron de eso son más contestables, pero el análisis de Marx es impecable. Y me había leído eso. Pero también me había leído el testimonio de un anarquista, que conoció la guerra de España y escribió un libro maravilloso: *Rebelión en la granja*, de George Orwell.

EG: ¿Quién era el grupo intelectual, que de alguna manera te acogió a esa temprana edad en La Habana? ¿A qué círculos de intelectuales importantes tú tenías acceso?

RA: A ninguno. Ninguno. A los intelectuales importantes los conocí en París.

EG: Todo eso que había en La Habana, en ese momento, ¿no te era cercano en esa época?

RA: No. para serte sincero. Porque a estas alturas ya no tengo porque decir mentira. Eran las locas habaneras, que eran cultas pero muy frívolas. Era una cultura muy superficial, pero muy divertida.

EG: No tuviste en esa época acceso a Lezama o a Virgilio.

RA: No, porque yo era un guajirito de la Víbora. Tú dijiste que era urbana. La Víbora es casi campo. En aquella época había un guajiro que tenía un conuco y andaba a caballo por el barrio, con un machete a la cintura. La Víbora era semicampo.

EG: Te marchas de Cuba, en el 60. ¿Y te vas a dónde?

RA: A Buenos Aires.

EG: ¿Por qué vas a Buenos Aires?

RA: Bueno, todo esto es muy largo de contar. Constituye el material de esos libros que estoy por publicar. Me voy a Buenos Aires porque mi hermana se había casado con un argentino. Cuando mi mamá murió, yo tenía 9 años, y mi padre se casó con una alemana. Esta alemana cambió toda la casa. El mundo de mi madre desapareció. La criada se fue. Mis hermanas se casaron. A mi hermano lo mandaron al norte, a estudiar.

EG: Tu hermano viene a los Estados Unidos.

RA: Sí, lo mandan a estudiar y se convierte en un gran economista, profesor de Yale, con una cátedra de por vida antes de los 30 años. Papá no se podía deshacer de mí, porque yo era muy joven. En el momento que le confesé que me quería ir de Cuba, no le dije que quería salir de su casa. Lo que quería era deshacerse de mí. Me preguntó que si quería irme con mi hermana a Buenos Aires, y le dije que sí. Pero ella no me podía entender y enseguida nos peleamos. Además caí preso, porque me enamoré de un anarquista.

EG: ¿Dónde? ¿En Buenos Aires?

RA: En Buenos Aires, en la Escuela de Bellas Artes.

EG: ¿Fuiste a estudiar pintura a Buenos Aires?

RA: Bueno, no. Fui a Buenos Aires y me puse a estudiar pintura, que era lo que quería hacer. Yo era una papa caliente. En la escuela a la que fui conocí a ese anarquista. Yo nunca había visto gente de origen italiano, y aquellos ojos florentinos me encandilaron, porque en Cuba no existe emigración italiana. Los cubanos tienen los ojos redondos, como los españoles, pero los italianos no. Los italianos tienen esos ojos increíbles. Y resulta que el muchacho era anarquista. Me llevó a una reunión y caímos presos inocentemente. Y aquello fue un bu-ru-ru enorme. Hasta el cónsul cubano se tuvo que exilar. En la prensa salió que yo estaba montando guerrillas, un cubanito que cogieron con unos anarquistas en el barrio Avellaneda.

EG: ¿Qué tiempo viviste en Buenos Aires?

RA: En Buenos Aires mi hermana me botó de la casa y me fui a Uruguay. Ella me dijo: Te tienes que ir del país, porque ella era mi tutora, ya que yo era menor. Entonces me fui a Uruguay, y de ahí a los carnavales de Río, donde me divertí muchísimo, conocí a tanta gente.

EG: ¿Qué tiempo duró este periplo sudamericano?

RA: Dos años y medio maravillosos.

EG: ¿Y de qué vivías? ¿De qué comías?

RA: De mi cinturita de mimbre.

EG: Oh, my *God*.

RA: Yo era muy bonito y tenía labia.

EG: ¿Tú sientes que en algún momento fuiste prostituto?

RA: No, yo nunca pedía, no tenía necesidad, la gente me protegía.

EG: Pero de alguna manera...

RA: Suscitaba el instinto maternal y paternal de la gente. Hasta que pasé los Pirineos no conocí la necesidad, porque subvenían mis necesidades espontáneamente, por suscripción popular.

EG: Y tú para corresponder a eso, ¿qué tenías que hacer?

RA: Me dejaba querer. Y leía y hacía grabados, etc.

EG: ¿Cuándo llegaste a Europa?

RA: A los 20 años.

EG: ¿Adónde llegas?

RA: Cumplí 20 años en los carnavales de Bahía y me embarqué en Río en un barco de una travesía de 15 días, atravesando el Ecuador, con unas tormentas increíbles, y la isla de Madeira. Llegué a Barcelona y ahí me fui directo a Madrid y a El Prado. Fue maravilloso descubrir Europa.

EG: ¿Cuándo pasas a París?

RA: Ahí tuve otra vez que tomar una gran decisión. Resulta que papá había desertado del ejército español, cuando la guerra de Marruecos. Pero de todas maneras, siendo yo hijo de español, tenía derecho, a la ciudadanía española. Pero era la época de Franco, y tenía que hacer el servicio militar. Si me quedaba en España, tenía que hacer el servicio militar, en un país donde no conocía a nadie. Mis primos estaban en Asturias, y papá no quiso que entrara en contacto con ellos, porque se avergonzaba mucho de mi manera de ser. Me di cuenta, que no quería vivir en España. Habían dos o tres cosas que me molestaban, y decidí irme para Francia. Cuando me iba a ir, la policía me paró, diciendo que no me podía ir, porque tenía 20 años y derecho a la ciudadanía española, un derecho que no quería y tenía que renunciar formalmente ante la policía. ¿Dónde hay que renunciar? ¿Díganme lo que tengo que decir? Déme el texto que yo lo firmo. Les dije, renuncié a la ciudadanía española y me dejaron ir para Francia.

EG: Y llegas a Francia y te recibe alguien.

RA: Nadie. Yo llevaba 25 dólares y no hablaba francés.

EG: Ahí comienza tu vida de extranjero en Francia.

RA: Ahí fue más difícil, pero mira, aquí estoy y tengo un apartamento maravilloso. La vida provee. Los cristianos llaman a eso La Divina Providencia.

EG: En Francia, tú te reúnes, vas encontrando poco a poco, un grupo de intelectuales que estaban allí, como Severo Sarduy.

RA: Severo Sarduy había salido con una beca, para estudiar periodismo en Italia. Pero conoció a un turista, en la sala de la Capilla Sixtina, viendo la pintura de Miguel Angel, que era el director de las Ediciones Seuil. Se lo llevó para París y Severo se abrió camino allí.

EG: ¿Qué grupo? Néstor Almendros, Severo Sarduy.

RA: Estaban Jorge Camacho, Roberto García York, Gina Pellón y Joaquín Ferrer.

EG: ¿Se trata de un grupo de intelectuales cubanos, que se constituye en París?

RA: Estaba la Casa Cuba. Era una institución, regalo de una de las Abreu, que habían hecho un edificio maravilloso. Y ahí se reunían espontáneamente los cubanos.

EG: ¿Tú llegaste a vivir ahí?

RA: Ahí yo iba. Yo conocía a García York, quien me llevaba allí. Es en ese lugar donde conocí a Néstor.

EG. Ese conjunto de intelectuales cubanos, que coinciden en esa época en Francia, ¿qué legado tú crees que dejan a la cultura cubana?

RA: Muy diferente cada uno de ellos.

EG: ¿Hay un denominador común?

RA: El mismo que guió a Amelia Pelaez, Lydia Cabrera, Carlos Enríquez y Víctor Manuel. ¿Qué intelectual cubano no ha llegado hasta allí? Los que no llegaban era porque no podían. Pero todos tenían la ambición. Julián del Casal soñó con llegar a Francia, y tenía aquella carta de Verlaine. La capital cultural latinoamericana era París, por defecto

de la península. La península española no podía asumir el liderazgo cultural. Y fue Francia quien nos lo dio, fue la madre.

EG: ¿Tú tomas conciencia de Cuba estando en París? ¿Te vuelves cubano en París?

RA: No, yo siempre la tuve. Yo siempre sentí a Cuba muy fuerte. Y siempre le tuve mucho miedo. Porque Cuba es un país al cual es legítimo tenerle miedo. Es un país muy fuerte.

EG: ¿Cuál es tu reacción cuando te comienzan a llegar las noticias de que en la isla se están produciendo cambios muy radicales, muy fuertes?

RA: Bueno, yo vi los primeros.

EG: Sí, pero lo que viene después. ¿Cómo tu vas canalizando y asimilando eso?

RA: Tuve que resolver primero esa dicotomía, que existía en mi, de mi apego afectivo a la revolución, por una parte, y mi egoísmo por la otra, que me hacía preferir andar en libertad, culipandeando, para utilizar una palabra popular. Después que estuve preso en Argentina, me di cuenta que resultaba peligroso. Pero tampoco yo sentía ningún resentimiento contra la revolución, porque nunca sufrí en lo absoluto. Luego, me fui enterando de los errores, los llamados errores de la revolución, y creo que el más grande fue la nacionalización de las empresas pequeñas.

EG: En 1968. La ofensiva revolucionaria.

RA: Y coincidió en el plano internacional con el apoyo de La Habana a la Unión Soviética durante la invasión de Praga por las tropas del Pacto de Varsovia. Entonces ahí ya me enfrié un poco, sin que mi amor por Cuba se terminase. Me di cuenta que la revolución era problemática. Después vino el Caso Padilla y mis amigos, Néstor Almendros, etc., se opusieron al sistema. Severo no, Severo nunca estuvo contra la revolución.

EG: Tampoco visitó Cuba nunca.

RA: Severo tenía mucho miedo. Estaba bajo la férula de su amigo, François Wahl, que lo moldeaba mucho. Néstor sí era muy opuesto a la revolución. Tuvo problemas con Alfredo Guevara.

EG: Por PM.

RA: Sí, por muchas cosas. También está Guillermo Cabrera Infante, después que abandonó Cuba, porque murió la madre y dejó el puesto en la Embajada de Bélgica.

EG: ¿Llega a vivir en París Cabrera Infante?

RA: No. A él nunca le gustó Francia, pero pasó por París. Hubo momentos en que Néstor quedó muy herido, porque Guillermo no lo quería ver. Cuando Guillermo estaba con el régimen.

EG: Pero después poco a poco se unieron, ¿no?

RA: Pero mucha gente en Cuba le hizo la guerra. Luego se hicieron amigos de él. Néstor era bastante generoso.

EG: En esa época, ¿tú coincides en la Embajada cubana en París, con el agregado cultural, Alejo Carpentier?

RA: Sí, sí. Incluso, yo asistí a una fiesta en la embajada.

EG: ¿Conociste a Carpentier? ¿Hablaste con él?

RA: Le di la mano, estaba ahí en su trono.

EG: ¿Tenía un peso específico en la cultura francesa?

RA: Era muy respetado

EG: ¿Por la gran intelectualidad francesa?

RA: Por la calidad de su literatura.

EG: Estamos hablando de figuras de gran peso, como Sartre, Simone de Beauvoir.

RA: Para mí, Carpentier tiene más peso que ellos.

EG: ¿Tú crees?

RA: Sí, sí.

EG: Esto es interesante, y él lo decía. El mismo Alejo lo decía. Un intelectual francés sabe de Francia y de la cultura occidental. Un intelectual latinoamericano tiene que tener ese mismo nivel de conocimiento sobre esos temas, pero además debe conocer a profundidad su cultura de origen.

RA: La madurez, digamos, de la sensibilidad de Carpentier, es muy superior, que la de los otros, podríamos decir, por ejemplo, Sartre. Era un escritor también, pero la obra de Sartre no tiene esa calidad.

EG: A pesar de esa vida que tú has llevado, libertina, díscola, con hipérbolos y llena de matices, conoces a una muchacha. De la cual te enamoras y te casas, y con la que tienes 2 hijos.

RA: Eso fue más tarde. Cuando mi pintura empezó a tener éxito, en parte por un texto escrito por Roland Barthes.

EG: ¿Qué determina el éxito de tu pintura? ¿El texto de Roland Barthes?

RA: Creo que eso ayudó mucho. Era la novedad. Nadie pintaba así en esa época. Mi pintura es muy diferente a todo. En aquel momento llamó la atención, porque era el momento de la abstracción.

EG: Yo me siento un privilegiado, por tener varias obras tuyas.

RA: Bueno, no sé. Me parece normal.

EG: Me sigo sintiendo un privilegiado.

RA: Es que el gusto por la pintura hoy es una cosa muy cómica. Es ridícula. Es decir, muy poca gente tiene una sensibilidad directa con la pintura. Necesitan pasar por un discurso. Yo nunca me tragué eso. Yo viví todo ese teque de vanguardia, un poco paranoicamente, como una conspiración para quitarme el gusto de dibujar y pintar. No me dejé quitar el juguete. Eso está muy bien, bla, bla, bla. Inclusive el texto de Roland Barthes, yo no lo tomé en serio. Me lo hizo porque era amigo suyo, y porque le vio interés a mi pintura, porque era muy novedosa. Y Barthes sabía distinguir la novedad. Sucieron muchas cosas. Yo nunca he planificado nada, todo me sale.

EG: Tú terminas siendo un autodidacta.

RA: Yo no pude ir a la escuela. En Buenos Aires se interrumpió a los pocos meses, por unos cuentos que son un poco penosos de contar. Me dieron una patada en el fondillo. Me sacaron de la escuela. Pero todo eso es muy largo. Imagínate, de digresión en digresión, me puedo pasar una semana aquí hablando. Fundo el micrófono.

EG: ¿Cuándo conoces a la que sería tu esposa?

RA: Mi mujer, sí. De repente, fui a una fiesta de cumpleaños. Ella cumplía 23 años, me abrió la puerta y desde ese día no nos separamos. Los 18 años que vivimos juntos, hasta que murió.

EG: Tú enviudas. Y te quedas con 2 hijos.

RA: Y me quedo con dos chiquitos, sí. Eso fue lo que me decidió venir a Miami, porque yo tenía muchas ganas de venir a Miami, por curiosidad. Para conocer a Cuba, hay que conocer a Miami. La quinceava provincia, ¿no?

EG: Vienes a Miami.

RA: Vine aquí.

EG: Aquí es donde te conozco.

RA: Aquí fue muy importante para mi trabajo. Vi las nubes estas que suben. Mira, acabo de llegar y estoy maravillado con la vegetación de esta ciudad.

EG: Pero unos años después, como que te hartaste. Yo te veía y hablaba contigo con frecuencia. Tú estabas harto de esta ciudad.

RA: ¿Tú sabes porqué? Porque en realidad lo que yo estaba buscando era volver a Cuba. De Miami, empecé a ir a Cuba en el año 2000. Y cuando de verdad volví a Cuba, la Cuba de verdad, me di cuenta de la Cuba de pacotilla de Miami. Esto es otra cosa. Por otra parte, muy interesante. A mi me interesa mucho Miami, pero no es Cuba.

EG: Cuando tu regresas a Cuba, 40 años después de haberte marchado. Desde Miami además. ¿Cuál fue el impacto?

RA: Yo había hecho tentativas anteriormente. En Puerto Rico y España. Ninguna de esas cosas es Cuba.

EG: ¿Cómo fue el impacto con Cuba?

RA: El impacto es que no me quería ir. Me quería quedar. Lloré el día que me iba. Como si el resto de mi vida no la hubiera vivido fuera de la isla, como si no me hubiera casado y hubiera tenido hijos. Volví a tener 17 años.

EG: ¿Qué fue lo que más te impactó?

RA: Los olores. La inmediatez sensual. El diente perro, las matas. Una mata que hay en un parque, en la esquina de Figueroa y San Mariano. Un árbol importado de la Guayana, pero que se da muy bien en Cuba. Cuba para mí es un cuerpo. Es mi cuerpo, es el cuerpo. Las primeras percepciones. Yo sigo atado a eso, y además el entorno cultural. La manera en que se relaciona la gente. Las miradas. La mirada del cubano no es la misma mirada de afuera. El cubano tiene una gama de miradas que constituyen un lenguaje corporal.

EG: ¿Tú hablas del cubano de la isla o del cubano en general?

RA: El cubano en general y el de Cuba no se diferencian. El que sale adopta otras cosas y aprende otras cosas, pero muy raro son los que pierden esa sustancia que te da la inmediatez. El cubano tiene un molde muy fuerte, es lo que te digo. La cultura cubana es muy fuerte.

EG: En esos viajes, ¿ya comienzas a interrelacionarte con los intelectuales cubanos?

RA: En Francia ya yo conocí a los intelectuales cubanos. A Guillermo Cabrera Infante, a Reinaldo Arenas. También conocí a Miguel Barnet en Francia, y a Pepe Triana. Pepe Triana se exilio también. Barnet, que es una personalidad muy compleja, muy fuerte, nunca. Un gran creador, porque ha hecho cinco novelas maravillosas. Hay muy pocos autores que tú puedes decir que cinco novelas son buenas.

EG: Volviendo a tu relación con la cultura cubana, cuando yo llego a Miami, en el año 2000, una de las cosas que comienzo a escuchar, y que ya se han cansado de repetirlo, es que en Cuba el patrimonio cultural de la nación había sido vendido, exfoliado y sacrificado. Tú, que has visto, tú que no eres comunista y que no tienes otro compromiso que con tu propia conciencia, ¿qué tú le dices a quienes opinan que el patrimonio cultural cubano ha sido exfoliado?

RA: Que me enseñen en donde está.

EG: ¿Qué has visto tú en Cuba, en cuanto al valor patrimonial del país?

RA: Todas las piezas fundamentales de la pintura cubana están en el Museo Nacional.

EG: ¿Consideras que es un museo de primera categoría mundial?

RA: Sí, sí.

EG: ¿Está conservado como un museo de primer nivel en el mundo?

RA: Sí, como no. Es extraordinario. Yo he ido con extranjeros, yo he ido con europeos, que conocen muy bien la pintura, y se quedan maravillados. Y se preguntan cómo un pequeño país ha dado esa cantidad de pintores, y con esa calidad. Hay 30 pintores extraordinarios ahí. Y están muy bien representados. Y mira, yo voy a Cuba para hacer esos proyectos con Mayito, el de los refrigeradores, y ahora tenemos uno de banderas. Es que hay una actividad constante. Hay gente que se le ocurre cosas. En Francia no se le ocurre nada a nadie. Ese es el problema. Hay lugares que producen y hay lugares que consumen. Cuba produce mucho. Se inventan cosas. No hay medios, pero se buscan, aparecen.

EG: ¿Cómo valoras tú la relación entre los cubanos que vivimos fuera y los que viven dentro y las trabas que existen relacionadas con esos vínculos?

RA: Creo que es cosa del pasado. Malentendidos del pasado. Yo creo que hay que relajar la cosa. Cada vez tiene menos sentido esa bobería. En la medida que el mundo va por un camino muy, muy peligroso, y que la isla parece ir por un camino cada vez más hacia el buen sentido común. Es decir, el mundo exterior está en delirio. No tengo que ponerme a explicarlo. Pero todos sabemos que la cosa está tan mal afuera, que adentro de la isla, por muy mal que hayan ido, no pueden ir más que mejorando. Y se siente una voluntad de mejoría. El cansancio de la población, más la toma de conciencia de la élite gobernante, que está evolucionando a gran velocidad, en el sentido de un humanismo más amplio, de una rectificación de errores, que bueno, esa palabra ya se usó en los años 80, pero esta vez ya se ve más concreta.

EG: En la actualidad, ¿tú te sientes un hombre que está junto a los proyectos sociales y culturales, y los proyectos humanistas que se emprenden en el país?

RA: Cada vez más. No sólo en Cuba, sino en todo el mundo. Estamos en una etapa de toma de conciencia muy fuerte. Vamos a la catástrofe si no lo hacemos. Desde que se disolvió la Unión Soviética hasta hoy, el mundo no ha hecho más que degenerar, desde el punto de vista social y humano. Las guerras son cada vez más absurdas. La diferencia entre ricos y pobres es cada vez más grande. Y esto produce una contracorriente, de acuerdo a la dialéctica histórica, que hace que cuando se va mucho hacia un lado, luego se marcha hacia el opuesto. El egoísmo de los ricos está llegando a tales extremos que volvemos al siglo XIX, que fue el que provocó las revoluciones del siglo XX. Estamos yendo al extremo en el cual el egoísmo provoca de nuevo la rebelión. Eso es lo que en el siglo XVIII produjo la Revolución Francesa, produjo la Comuna. Es decir, siempre los pudientes, por esa dinámica propia de la avaricia, no saben que llega un momento en que, como dice el refrán: la avaricia rompe el saco. ¿Qué hizo Roosevelt? Empezó a repartir. La economía americana es hoy lo que es, gracias al reparto que hizo Roosevelt. Llega un momento en que lo pudientes tienen que darse cuenta que, por su propio interés, hay que repartir. Porque si no se asfixian ellos mismos. Asfixian a la población, y la población no puede ser cliente de lo que ellos producen. Bueno, lo que pasa que tenemos hoy lo que se llama el complejo militar-industrial, que lo que producen es muerte, asesinatos y violencia. Entonces le interesan todas estas guerras imperiales.

EG: ¿Cómo se ve, desde tu Torre de Eiffel, a la actual administración norteamericana?

RA: Yo creo que igual que la ven los norteamericanos inteligentes. No se sostiene por parte alguna. El reino del egoísmo, la mezquindad y la avaricia. Del quitate tú para ponerme yo. Es decir, la bestialidad.

EG: ¿Cómo ves tú, como cubano, las decisiones tomadas por los representantes políticos del sur de la Florida, que tuvieron la consecuencia de que el presidente Bush estableciera restricciones a los contactos entre cubanos, y que limitara incluso la ayuda que podemos mandar a nuestros familiares y amigos en la isla?

RA: Eso muestra la distancia que los separa de la realidad del pueblo. Son gente que está encerrados en una idea completamente abstracta de la cuestión. Primero, ellos son americanos. Ellos no son cubanos.

EG: O sea, ¿tú consideras que Lincoln, Ileana y Mario, de cubanos nada?

RA: No, en ellos prevalecen los intereses de Estados Unidos.

EG: Pero es que aún así, desde ese punto de vista, también actúan en contra de lo que constituyen los mejores intereses de Estados Unidos.

RA: Porque son muy poco inteligentes. Digamos que no son gente brillante. Habría que medirles el coeficiente intelectual, sobre todo a los Díaz-Balart. Yo creo que nos quedaríamos sorprendidos si lo vemos escrito en un papel. Debería realizarse una encuesta en este sentido.

EG: ¿Tú no serías de los pintores que va y le donan un cuadro a Díaz-Balart?

RA: Qué va. Por favor.

EG: ¿Ni se lo vendes?

RA: Bueno, que se lo compre a uno que me lo compró a mí. Yo no trato con todo el mundo.

EG: Ramón, vamos a un punto importante. Tú has devenido un escritor, un novelista, en un hombre que escribe. Pero escribes además como si no hiciera falta que fueras pintor para sobresalir. Ahora estás sobresaliendo como un gran escritor. Con el don de escribir, como si lo hubieses hecho toda la vida ¿No te parece eso excesivo, o es que hay por ahí otra persona que escribe y tú firmas?

RA: (Risas) Ojalá, porque me cansa mucho la vista.

EG: ¿Cómo te viene esta vocación? Los pintores generalmente viven sumergidos en su mundo interior, al igual que ocurre con los músicos. ¿Cómo un pintor de tanta obra y tanto poder expresivo logra una equivalencia en la literatura?

RA: Mira, Carlos Enríquez también lo hizo.

EG: Logró destacarse mucho en la pintura, pero la literatura de Carlos Enríquez no resulta importante. Forma parte del adorno al personaje, o a la personalidad de Carlos Enrique, pero no es un gran escritor. Tilín García no es una gran obra.

RA: A mí me gusta mucho. Lo que pasa es que Carlos Enríquez no se lo tomó en serio.

EG: Estamos hablando del resultado de la obra, más allá de la voluntad del creador. En tu caso hay una obra de valor.

RA: Todavía es muy pronto para decirlo Edmundo. Te agradezco mucho tus elogios.

EG: Es que yo he leído tus textos, y ahí están.

RA: Lo que me pasa es que a mí siempre me ha gustado mucho la literatura. Me enamoro de las obras literarias. Me enamoro de los autores por los libros. Y últimamente lo que más me sacudió fue leer la obra de Pedro Juan Gutiérrez.

EG: ¿La *Trilogía sucia de La Habana*?

RA: Sí, y lo demás.

EG: Dice Miguel Barnet que algunos lo ven como una especie de Bukowski, ¿tú lo ves así?

RA: Yo lo veo como un Curzio Malaparte, el autor de *La piel* y *Kaputt*. Es un Curzio Malaparte. Y con algo de Camus y de Hemingway. Es un tipo muy único y muy fuerte, y que tiene un existencialismo vitalista. El no es un pesimista. El es un vitalista. A mí me gusta mucho.

EG: ¿Y quien te lleva a la literatura es Pedro Juan?

RA: No que me lleva. Es decir, el que me sacudió. Porque cuando leyó mis cosas me habló de tal manera. Es decir, inclusive me hizo un prólogo para el libro que yo publicase. Y eso me dio un ánimo enorme. Porque alguien al que yo admiro tanto me tomase en serio. Yo tenía un problema, un complejo. Esa autocensura de no querer ser pintor y escritor a la vez. Pero finalmente a mí me interesa casi más la literatura que la pintura. Sin embargo, la pintura es un oficio que te hace ganar muy bien la vida, mientras que la literatura es muy dura para quien la escribe.

EG: Bueno, la sabes tú, que además has editado a escritores.

RA: Yo publiqué un libro que se llama *Pura Pérdida*, y para mí la literatura es pérdida. Yo siempre he perdido dinero. Yo con todos los poetas que he publicado he perdido dinero. Publiqué a Ponte, a Díaz de Villegas, a Lizárraga. Publiqué a mucha gente y perdiendo dinero. A Lorenzo García Vega. Yo he perdido mucho dinero publicando. Y ahora, estoy haciendo un libro con Pedro Juan Gutiérrez, que también... Bueno, no sé. Porque a lo mejor... Veremos. Pero a mí no me importa perder el dinero. El dinero está hecho para usarlo. Y una manera de usarlo es perderlo. Además, lo que no perdemos lo vamos a perder a la larga.

EG: ¿Cómo están tus amores con Zoé Valdés?

RA: Ah bueno, el problema de ella es conmigo. No yo con ella.

EG: ¿Cómo es el problema de ella?

RA: El problema es ella. Lo que pasa es que se le acabó su cuarto de hora, y no sabe cómo hacer para prolongarlo artificialmente. Es una muchacha que hizo una novela, muy interesante, *La Nada Cotidiana*. Y después ha sido tan viva. Además, ella surfegó encima de la ola surgida cuando los intelectuales europeos empezaron a criticar abiertamente a la revolución cubana. Ella se montó en su tablita y surfegó sobre eso. Y tuvo mucho éxito personal.

EG: ¿Y ahora?

RA: Lo que pasa es que esa ola ya se calmó. Porque Cuba resistió. Finalmente, la revolución cubana es un hecho inevitable. Ya se hizo. Habrá gente que quiera echarla para atrás, pero ya está hecha. De ahora en adelante, vamos a ver qué pasa y qué se hace. Pero eso ya no motiva a nadie. Y ella sigue con la matraquilla, dándole a la manigueta, a ver si eso da un poco más. Lo que ocurre es que en la vida las cosas pasan.

EG: ¿Y el enfrentamiento contigo en la Casa América en Madrid?

RA: Ah bueno, eso fue por gente que van y le dicen cosas. Y como ella es tan paranoica. Se siente muy débil. Siente que ha perdido público. Sus libros ya no se venden. Cometió un error: se fue de Actes Sud, que como es una pequeña casa, mete mucho capital para promoción. Tú sabes que la literatura es una industria hoy. Entonces hay casas que invierten en sus escritores. Actes Sud invirtió mucho en su obra. Pero ella, por vanidad, se creyó que era una gran escritora, una clásica, y se fue para Gallimard.

Pero Gallimard no empuja, porque sus autores se venden solos. Y como no la empujan, pero ella no es Céline, ni es Gide. Esta en un momento difícil.

EG: Hay un hecho que tú conoces. Yo he tenido discrepancias, incluso lo he dicho públicamente y tengo una posición muy crítica hacia el proyecto de la revista *Encuentro* y de todo lo que significa esa publicación. Y tú conoces algunas de las personas que allí están. ¿Cuál es tu opinión actual sobre *Encuentro*?

RA: Mira, a mí me parece siempre interesante la propuesta. Hay un muchacho, que yo publiqué también, que se llama Antonio José Ponte, que está allí ahora. Que es un muchacho muy inteligente y yo tengo mucha confianza en él.

EG: ¿Se va a quedar en España?

RA: Sí, él se quedó ya. Estaba muy descontento en Cuba y lo dejaron salir y está contento en España, yo creo.

EG: ¿Y tú crees que es legítima la función de *Encuentro*?

RA: En grosso modo, yo creo que ha sido positiva a la larga. Yo creo que hay que decir. No hay que tener miedo a decir. Luego cada uno tiene que poder tener la capacidad de interpretar y utilizar esa información. Pero todo lo que sea publicar ideas es bueno. Incluso si las ideas son malas. Esa es mi opinión. Yo soy muy libertario en eso. Yo no creo que la censura sea de ninguna utilidad. Yo creo que hay que dar rienda suelta a la información.

EG: ¿Y tú no sientes que en sus secciones informativas son muy selectivos?

RA: ¿Qué dirigen la información más o menos? ¿Pero quien no Edmundo? Todo el mundo dirige la opinión.

EG: ¿Tú a veces no la ves como una muy selectiva punta de lanza contra todo lo que sea parte de la nación cubana dentro de Cuba?

RA: No tanto, no tanto. Sí, está dirigida contra la *intelligentsia* comprometida con el régimen. Es crítica hacia la revolución. Pero yo no veo que eso haga daño. Yo no creo que Cuba esté afectada por la libre expresión de los que están afuera, ni inclusive los que están adentro, que hoy en día cada vez dicen más lo que piensan. En Cuba los de adentro ya no se esconden. No tienen porque esconderse. Yo creo que la libertad de expresión no hace daño a nadie. Es mi parecer. Y yo creo que inclusive la inteligencia de la dirigencia cubana hoy en día está en dejar hablar con más libertad. Es decir, en dejar que la gente se exprese con más libertad. Es lo que yo veo en Cuba. La gente en Cuba no esconde lo que piensa. Yo diría que la gente de afuera está más al tanto de no perder prenda que los de adentro. Los de adentro son más descarados en su expresión. Justamente al estar en un régimen de gratuidad. El intelectual en Cuba es un privilegiado. Los pintores cubanos son privilegiados. Y se dan cuenta. Mira, lo que me dijo mi tío, que como pintor jamás podrás ganarte la vida en Cuba. Mira hoy es en Francia donde no puedes ganarte la vida. En Cuba los pintores se ganan muy bien la vida. A todos los niveles.

EG: Ramón, cuando tú vivías en Miami me decías que te ponías a pintar y que te gustaba escuchar a Ninoska. Explícale a los oyentes por qué tú escuchabas a Ninoska mientras pintabas.

RA: No me acuerdo de ese pasaje. Yo escuchaba mucho a Agustín Tamargo también. Chico, justamente porque hay que entender: Por qué ponerse bravo cuando uno no está de acuerdo con lo que están diciendo. A mí, al contrario, me interesa que digan cosas que yo no pienso. A mí me da real placer escuchar proposiciones opuestas a mi pensamiento. Por que me hacen pensar. Me hacen cuestionarme y revisar lo que pienso. A mí me interesa

mucho la opinión del contrincante. A mi no me hace sentir mal que otra persona no piense como yo. Yo tenía un amigo que quería mucho, que ya murió, que una vez me dijo que no podía estar sentado a la mesa con una persona que no pensase como él. Yo le dije: Bueno, imagínate tú, qué problema. Carlos Victoria, que yo quiero mucho y que era una gran persona. Pero mira, tenía esa limitación. Decía: No puedo estar en una mesa donde hay cuatro personas que piensan cosas diferentes. Yo, sin embargo, no tendría ningún problema en sentarme a la mesa con Zoé Valdés.

EG: ¿Qué opinión tienes de las opiniones, de las transformaciones que Mariela Castro está encabezando?

RA: Eso está muy interesante. Hace rato ya. Es muy interesante. Mira, es una de las cosas paradójicas.

EG: Y tu opinión sobre las transformaciones en la sociedad cubana. ¿Ya tienes una idea determinada al respecto?

RA: Se trata de algo muy curioso. Voy ahora a Cuba. Después de México, voy a pasar por Cuba antes de volver a Francia. Y estoy muy curioso de ver. Ya por teléfono me dicen los amigos que están contentos de ir a los hoteles y a los lugares que antes eran privados.

EG: Pero más allá de eso. ¿Ves una proyección, crees que se proyecta un mejor futuro?

RA: Mira, lo más interesante son las cosas que ha dicho Raúl sobre las reformas dentro de la agricultura. Yo creo que el verdadero punto débil de la revolución actualmente es la ineficacia de la producción. Lo mismo que dice Raúl. Es decir, el gobierno cubano tiene que encontrar una manera de poner a producir ese 80% de la tierra que está sin utilizar. Cuba no tiene por que importar alimentos. Y la revolución tiene que asumir esa responsabilidad de encontrar una fórmula en que, sin abandonar el socialismo, puesto que no lo quieren abandonar, y puesto que tampoco hay que abandonarlo...

EG: ¿Tú recomendarías que abandonaran el socialismo?

RA: No, no. En estos momentos, no. ¿Para qué? ¿El capitalismo salvaje? Decididamente no. Hemos vuelto atrás. Estamos en el siglo XIX. En Latinoamérica hay niños trabajando en las fábricas, que fue lo que denunció en el siglo XIX Marx. El capitalismo ha ido para atrás. Se ha salvajizado. En Francia hay un capitalismo inteligente, que le sale muy caro. Pero que la calidad de vida se paga. Es decir, ¿para qué tú quieres el dinero si no es para vivir bien? Primero hay que vivir bien. En eso sí el socialismo tiene razón. La calidad humana, el respeto al individuo. La importancia de la educación. La importancia del ocio, de la cultura. Eso es lo importante. Acumular capital, ¿para qué?

EG: Y esos valores de los cuales tú hablas en Cuba, el tema de la salud, la educación, la seguridad social, ¿tú estás conforme con los niveles que existen?

RA: Pueden ser mejores. Lo podrían financiar con una agricultura pujante, como puede ser en Cuba si le dan al campesino capacidad de desarrollarse económicamente. Es decir, hay que crear una nueva clase, una pequeña burguesía, que el campesinado es ideal para eso. Si el campesino aumenta su nivel de vida, por su trabajo legítimo, alimentando la nación y haciéndola independiente. Es lo que están haciendo ahora en Roma. En Roma está la reunión de la FAO, en la cual lo más novedoso que se está planteando es que cada país se vuelva independiente en la alimentación. Han llegado a una conclusión que todo el mundo sabía desde antes, que hay que producir lo que uno come.

EG: Y en esta reunión, una de las cosas que Cuba está forzando es que sea condenado cualquier tipo de embargo.

RA: Claro, pero eso es una salvajada. Por supuesto, nadie está de acuerdo con el embargo, excepto los tres representantes del pequeño y exiguo sector de gente que tiene una edad muy avanzada y que tiene la testarudez de seguir cometiendo un error que no hace más que darle fuerza a la revolución. Es decir, la actitud paródica de ese exilio vertical es que sus miembros son los que más sirven los ideales revolucionarios. Es la dialéctica. La mayor fuerza de la revolución cubana es la poca calidad intelectual de sus enemigos, quienes nunca han logrado tener una política inteligente. El embargo es una estupidez. Ellos lo sospechan, pero no lo quieren saber. Entonces se empeñan en mantener una política que no hace más que fortalecer al régimen. Vaya, no fortalecer sino enquistar en sus posiciones más extremas. Si no hubiera ese exilio, el régimen cubano sería más suave.

EG: ¿Cuáles son las cosas que más dolor te han causado en esta vida?

RA: La muerte de mi hijo.

EG: ¿Qué se siente?

RA: No se puede decir con palabras. Es un choque brutal.

EG: ¿Eso es algo que nunca se puede superar?

RA: Superar sí. Nunca se puede olvidar. Es decir, yo trato de sacar fuerza de la desgracia. Se puede hacer. Tú sabes que yo soy budista. Y uno se levanta del mismo suelo donde cae. Es decir, la desgracia es inevitable.

EG: Yo estaba aquí cuando ocurrió. Yo estaba cerca de tí. Me enteré a las pocas horas y sé que fue muy contundente.

RA: Pero bueno, yo creo que yo he reaccionado positivamente. Tuve que empezar a ir a un psicoanalista y todo eso. Lo cual me ha hecho mucho bien. Y en cierta manera me ha hecho más valiente. Es decir, después de eso no le tengo miedo a nada. Mira, uno no sabe por qué las cosas suceden. Lo que hay que tener la actitud de sacar provecho de todo lo que suceda. Y la desgracia es inevitable. Venimos al mundo para gozar y para sufrir. Tu no puedes coger el postre y dejar la ensalada. Te tienes que comer la ensalada con el postre.

EG: Ramón, tú eres un pintor muy cotizado.

RA: Bueno, pero a mí todavía no me alcanza el dinero.

EG: Para comprar cualquier "bobería tuya", incluso un simple trazo, hay que pensar en un número y cuatro ceros.

RA: Tienes razón, pero así y todo no me alcanza.

EG: Muchas gracias por conceder esta entrevista para los oyentes de *La Noche se Mueve*.

RA: No, gracias a tí.

